

propósito después de las decisiones amenazadoras de la conferencia de Bregenz, el ministro de la Guerra había continuado el licenciamiento de los soldados que habían cumplido su tiempo de servicio.

Estas eran las consecuencias de las debilidades del rey y de la camarilla feudal que le rodeaba y dominaba. El rey angustiado, no sabiendo qué hacer, aceptó el ofrecimiento del czar, su cuñado, que se encargó del papel de árbitro entre el rey y el emperador de Austria y los citó a fuer de juez para Varsovia. Francisco José fué allí en persona acompañado de su ministro Schwarzenberg, y en representación del pusilánime Federico Guillermo IV, su hermano el príncipe Carlos, con el ministro conde de Brandeburgo. Estos últimos admitieron a fines de octubre la entrada en la confederación germánica de toda la monarquía austriaca y el restablecimiento de la dieta, pidiendo solamente en cambio el derecho de formar uniones de soberanos dentro de la conferencia, y paridad entre el Austria y la Prusia en los asuntos federales, correspondiendo a ambas potencias juntas el arreglo de cuestiones, como la del electorado de Hesse y la de los ducados de Holstein y Schleswig. Sin embargo, Francisco José, confiando en la debilidad del gobierno prusiano, no accedió a nada y desde Varsovia envió orden a sus generales de avanzar hacia la frontera de Silesia. Las humillaciones que el ministro prusiano sufrió en Varsovia de parte de los dos emperadores, y en especial del czar, que estaba furioso porque Federico Guillermo IV no se había presentado en persona, hirieron su dignidad de tal suerte que enfermó y apenas estuvo de vuelta en Berlín murió el 6 de noviembre, viendo en sus delirios a los austriacos ya dueños de la capital de Silesia.

El 2 de noviembre, tan luego como el rey se hubo enterado del resultado de la entrevista de Varsovia, reunió a su consejo, en el cual el ministro Radowitz pidió que se convocara el parlamento y se pusiera sobre las armas todo el ejército. El rey y el príncipe accedieron, pero la mayoría se opuso, y entonces dimitió Radowitz, y ocupó su puesto en el gobierno Manteuffel, que aunque no había creado la situación apurada, cometió la torpeza de empeorarla. Sin pedir otra concesión fuera de la libertad de celebrar conferencias con otros gobiernos y la cesación de los armamentos austriacos, hizo saber al día siguiente al gabinete de Viena, que la Prusia no se opondría a la ejecución de las resoluciones del consejo federal de Francfort en el electorado de Hesse ni en el Holstein (1).

Llegó a Berlín la noticia de la entrada de los bávaros en Hanau y de la marcha de una división austriaca a Hesse; conmovido el elemento militar pidió la movilización, y cuando el ministro Manteuffel dijo que ante todo convenía no romper las negociaciones, le contestó el príncipe heredero: «Está bien; pero háganse estas negociaciones como corresponde, con el yelmo calado y espada en mano.» En efecto, el 6 de noviembre ordenó el gobierno la movilización del ejército activo y de las reservas. El pueblo recibió la noticia con alegría; Radowitz fué enviado con alguna misión a Inglaterra como pretexto, pero en realidad para ver si era posible alcanzar el apoyo de su gobierno, mas por grande que fuese la indignación del pueblo inglés por el atropello bárbaro que sufrían los habitantes de Hesse de parte de su

(1) Semejante abyección hizo escribir al ministro de Hacienda Camphausen a Bunsen, en 5 de noviembre: «¡Ya está! El gobierno de un gran país, fuerte como ningún otro en Europa, sin obstáculos en el interior, seguro del apoyo de la nación, con una Hacienda robusta, lame el polvo de los pies de sus adversarios sin hacer ni una tentativa siquiera de resistencia; y ¡todo este miedo cerval por una manifestación fanfarrona del enemigo!»

soberano y de la confederación, era mayor el desprecio con que miraba al rey y al gobierno de Prusia, y no quería enredarse en una guerra continental. Lord J. Russell dijo: «La dirección del Estado prusiano no es tal que pueda ofrecer garantía ninguna de la formalidad y firmeza de su política; si nos pusieramos de su parte correríamos peligro de que el mas interesado nos dejara en las astas del toro.» En efecto, para el ministro Manteuffel la movilización del ejército era solo una comedia, pues el mismo día de la publicación de la orden fué por la noche a dar satisfacciones al enviado austriaco Prokesch-Osten, diciendo que se hacia todo para calmar la opinión pública, y que el gobierno no faltaria a lo que había ofrecido al Austria. En prueba de ello envió orden al general Gröben que mandaba las fuerzas prusianas en Hesse, donde había ocurrido una pequeña colisión con las fuerzas federales que costó la vida a un caballo prusiano, para que no derramara sangre, porque de esto dependia la paz, que bien merecia los mayores sacrificios. El general Gröben cumplió la orden, evacuó a Tolda y se limitó a guardar la carretera por la cual la Prusia podía hacer pasar sus tropas al través del electorado de Hesse en tiempo de paz, según convenio celebrado con el príncipe elector. La seguridad dada por el ministro prusiano al enviado austriaco tranquilizó a la corte de Viena y demás reyes y príncipes alemanes, siendo por lo mismo la movilización una medida completamente inútil. Envalentonado con esto el gabinete de Viena, aumentó sus exigencias, queriendo antes de suspender sus armamentos que la Prusia renunciara a su union particular, no solamente por su libre voluntad sino en virtud de una resolución del consejo de soberanos, reconociendo así su autoridad superior; que reconociera igualmente la legalidad de la dieta de Francfort y que hiciera retirar sus tropas del electorado de Hesse. Bajó estas condiciones consentia el gabinete de Viena en que Prusia celebrara libremente conferencias con otros gobiernos alemanes por el estilo de las del año 1819, pero en caso de no acceder el gobierno de Prusia a estas exigencias, el embajador austriaco debía pedir sus pasaportes sin mas dilaciones.

El gobierno de Prusia se sometió con algunas reservas insignificantes; lo cual sabido por el consejo provisional de sus compañeros de union, dejó a estos consternados, si bien el rey Federico Guillermo IV decia en su comunicacion que renunciaba a realizar la union porque el Austria lo queria así, y que de consiguiente él la consideraba completamente anulada, pero que a pesar de esto, su deseo era de continuar dentro de la union, y esperaba en caso necesario el auxilio armado de los demás miembros, como igualmente su apoyo moral en las discusiones sobre la reorganizacion de la confederacion germánica. Esta conducta oblicua recibió su correctivo inmediato: el gobierno austriaco, que tenia 130,000 hombres de tropa en Bohemia a punto de entrar en campaña, pidió la sumision incondicional y la evacuacion del territorio hessense, diciendo que la Prusia no tenia derecho ninguno a ocupar militarmente el camino por donde le era permitido solamente pasar, y como el gobierno prusiano tardara en decidirse, presentó Prokesch-Osten el ultimatum de su gobierno dando veinticuatro horas de tiempo para la evacuacion del electorado de Hesse.

A este estado abyecto había llegado la Prusia, y el conde de Schwerin dijo en 21 de noviembre al ocupar la presidencia de la segunda cámara, entre los aplausos entusiastas de la mayoría: «¡Un espíritu resuelto y arrojado alienta a nuestro pueblo, que se ha levantado como un solo hombre al oír el llamamiento de su rey, el caudillo cuyas órdenes aguarda; en todas las comarcas de la patria se oye el grito: ¡La Prusia no sufre tropelías!» Mas estas frases no deshacian los hechos ni

detuvieron el precipitado curso de los errores y las humillaciones que vinieron en pos. Manteuffel solicitó por telégrafo una entrevista personal con Schwarzenberg, el jefe del gabinete de Viena. El telégrama, expedido en Berlín a las ocho de la mañana del día 26 de noviembre y dirigido al conde de Bernstorff, embajador de Prusia en Viena, decia así: «Sírvasse preguntar inmediatamente al presidente del ministerio, príncipe de Schwarzenberg, si está dispuesto a tener una conferencia personal conmigo, cuyo objeto será tratar de la situación general de Alemania y en particular de la cuestion de Hesse; propongo yo como lugar de la entrevista a Oderberg, ó Brünn, ó Olmütz, y estoy pronto a ponerme en camino en cualquier instante que el príncipe designe, hasta esta misma noche. Suplico la mas pronta contestacion posible, junto con la noticia del resultado de mi telégrama de ayer al mediodía.» El rey y los ministros aprobaron este paso, y según se ha dicho porque Manteuffel les había asegurado que solo lo hacia para ganar tiempo a fin de concluir los armamentos. Manteuffel, sin embargo, no esperó la contestacion de Schwarzenberg y partió el 27 por la noche en su busca; sus instrucciones eran pedir la libertad para su rey y los demás soberanos alemanes de celebrar conferencias en terreno neutral; la suspension de la dieta de Francfort durante estas conferencias, y una vez constituida la confederacion grande que había de comprender toda la monarquía austriaca, la libertad para los soberanos alemanes de formar uniones parciales dentro de esta confederacion; la ocupacion del electorado de Hesse por tropas austriacas y prusianas, y el arreglo de la cuestion de Schleswig-Holstein en las conferencias libres. Estas pretensiones harto modestas no tenían, sin embargo, ninguna probabilidad de éxito, como todo el mundo sabia, y en esta prevision el ministro Ladenberg aprovechó la ausencia del jefe del ministerio, Manteuffel, para hacer saber a los soberanos de la ex-union ideada por la Prusia, que esta union del 26 de mayo continuaba «firme, inquebrantable» é independiente de la constitucion, y les invitaba en nombre del rey de Prusia como director de la union, a poner su respectiva fuerza armada en pié de guerra, a lo cual accedieron los príncipes de Turingia, de Anhalt, de Reuss y de Schwarzburgo, que prometieron continuar firmes en la union y procedieron a la movilizacion de sus reducidas fuerzas.

Entre tanto había operado también por su cuenta el jefe del ministerio, Manteuffel, que había encontrado a Schwarzenberg en compañía del embajador de Rusia en Olmütz, donde firmó sin hacer caso de sus instrucciones un convenio que puso a la Prusia a los pies del Austria. El arreglo definitivo de las cuestiones de Hesse y de Holstein quedó sometido a la decision de todos los gobiernos alemanes, por lo cual prometió el gobierno prusiano no poner obstáculo a la accion de las fuerzas federales y solicitar en union con el gobierno de Viena el consentimiento del príncipe elector para que un batallon de bávaros y otro de prusianos conservarían el orden en su capital Cassel. Igualmente convino en exigir del gobierno provisional de Holstein en nombre de la confederacion y con la amenaza de intervenir con las armas juntamente con el Austria, que cesara en sus hostilidades y que redujera su ejército. Es decir, que el rey de Prusia se obligó en este convenio a hacer de sayon del Austria contra aquellos pueblos, el hessense y el holsteínés, a quienes tan solemnemente había prometido proteger, y en cambio de esta infamia le dispensó el gobierno de Viena del bochorno de reconocer formalmente la dieta federal y le permitió celebrar conferencias de ministros de los diferentes soberanos alemanes en Dresde, a los cuales invitarian simultáneamente el Austria y la Prusia.

Prokesch-Osten, el embajador austriaco en Berlín, con

razon dijo riendo: «Con justo motivo podemos preferir esta paz a otra obtenida a consecuencia de una guerra por gloriosa que fuese, porque, ¿qué otros resultados mejores podríamos desear? Esta paz reduce a la Prusia a la obediencia, nos da fama y gloria, y enemista a la Prusia con el pueblo alemán.»

En las cámaras prusianas causó la humillacion del gobierno la impresion mas penosa, tanto que Vincke, magistrado conservador y patriota alemán, exclamó en la cámara de diputados: «¡Fuera estos ministros!» Estaba discutiéndose la contestacion al discurso del trono y se añadió esta frase: «La cámara vé con acervo dolor que en el convenio de Olmütz el gobierno ha entrado en una via que apenas parece conciliable con el honor de la Prusia y con su posicion en Alemania.» La contestacion al discurso de la corona no llegó a votarse porque el 4 de diciembre de 1850 disolvió el gobierno el parlamento.

«La fuerza de la Prusia, dijo entonces el orgulloso príncipe de Schwarzenberg a una elevada señora alemana, consiste solamente en la consideracion que se la tiene en Alemania; si se le quita esta consideracion, pierde toda su fuerza. Es preciso envilecerla y destruirla después.» Esto de destruirla no lo consiguió. Schwarzenberg, cuya ingratitud para con la Rusia mas adelante asombró al mundo, y mas todavía la descarada petulancia con que hizo de esta ingratitud un grandísimo mérito, no tenia el talento necesario para comprender lo mucho que una Prusia vencida, pero reconciliada con su vencedor, podía servir al Austria en un nuevo conflicto, que tarde ó temprano había de surgir otra vez en el Sudoeste de Europa. Así fué que el gobierno austriaco con inextinguible saña no perdió ocasion alguna para humillar mas a la Prusia y recrearse en su repugnante abyección. Cada tentativa de la Prusia para dar al convenio de Olmütz alguna interpretacion favorable a sus planes nebulosos, le costó una nueva humillacion, y en lugar de ponerse en buen lugar con los pequeños potentados, clientes y protegidos suyos, tuvo que hacer el oficio de sayon del Austria. En el Hesse electoral el comisario prusiano había hecho varias concesiones al tribunal supremo del país para evitar nuevos conflictos; pero el conde de Leiningen, comisario de la dieta de Francfort, anuló lo hecho, y tantos fueron los bochornos que hubieron de sufrir allí los prusianos, que su gobierno prefirió retirar sus tropas y comisarios dejando el campo libre a la dieta, al Austria y a las tropas bávaras, que en número de 5,000 hombres habían sido enviadas allí para mortificar a los habitantes y tenerles a raya. El príncipe elector y su odiado ministro Hassenpflug, anularon la constitucion y el orden establecido y destituyeron a los jueces y a todos los funcionarios y empleados que habían defendido la ley ó los arruinaron con multas y ejecuciones. Reinaba, pues, en el Hesse el despotismo mas brutal y mas descarado, y el gobierno prusiano expresó su satisfaccion por este estado de cosas, en la sesion de la cámara alta, el 8 de enero de 1851, por boca de su primer ministro Manteuffel, diciendo muy ufano que en Hesse había sucumbido la revolucion de los funcionarios y empleados del Estado, de la gente de bata y zapatillas.

Por primera vez desde la guerra de treinta años volvió a ondear la bandera austriaca junto al Báltico, adonde el Austria había enviado tropas como ejecutora de las órdenes de la dieta federal de Francfort para poner bajo la dominacion de Dinamarca a los ducados de Schleswig y Holstein. El gobierno prusiano, que tanta proteccion había prometido a aquellos ducados y a la causa alemana que allí se veía atropellada, fué quien facilitó al ejército austriaco el paso del Elba, echando para él un puente de campaña. El gobierno nacional de los ducados, viendo la inutilidad de la resistencia

se sometió. Su ejército fué disuelto y derogada la constitucion del 15 de setiembre de 1848 por órden de la dieta alemana, la cual instituyó un nuevo gobierno provisional bajo la presidencia del conde de Blome, y consintió en la separacion de los dos ducados hermanos y en la incorporacion del Schleswig á la monarquía danesa, mientras el Holstein quedó bajo el dominio del rey de Dinamarca pero con administracion separada. Así cumplieron la Alemania, es decir, el consejo federal de Francfort, y la union prusiana, su promesa de que la confederacion protegeria la antigua independencia y demás derechos de los ducados. En una entrevista que tuvieron el czar Nicolás, el emperador Francisco José y Federico Guillermo IV, accedió este al plan concertado entre el primero y el rey de Dinamarca para excluir de la sucesion á la rama principal de los duques de Augustemburgo, cuyos derechos legítimos é indudables habia dado el rey de Prusia su palabra de proteger, y para nombrar heredero de toda la monarquía danesa al príncipe Cristiano de Glücksburgo. En 8 de mayo de 1852, el privado de Federico Guillermo IV, Bunsen, para hacer á su soberano «menos pesado el sacrificio,» firmó en nombre de Prusia el protocolo de Lóndres que contenia todas estas estipulaciones.

En las conferencias de Dresde, que se abrieron el 8 de mayo de 1850, Manteuffel, el presidente del ministerio prusiano, desempeñó tambien el papel de servidor sumiso del Austria; guardó silencio cuando Schwarzenberg, sin pedir la venia de nadie, ocupó la presidencia, y solo arriesgó alguna objeccion tímida cuando aquel y sus amigos trataron de excluir de las comisiones que se nombraron al representante de la Prusia y á los de sus clientes, y se contentó con que sus representados formasen en las dos comisiones mas importantes una minoría modesta. La abyeccion de Manteuffel y su gobierno llegó hasta presentar en union del Austria la proposicion de reemplazar el consejo federal gubernativo por una junta ejecutiva en la cual no tuviera voto ningun soberano de pequeño territorio, incluso el gran duque de Baden, en castigo de su asociacion con la Prusia, y fué menester que el gran duque de Weimar y el consejo municipal de la ciudad libre de Francfort protestasen y ruborizasen al gobierno prusiano obligándole á no ser tan austriaco y á ser un poco mas prusiano. La pretension monstruosa del Austria de entrar en la confederacion alemana con todos sus Estados, por ser segun decia una necesidad, en atencion á que desde la proclamacion de la constitucion otorgada poco hacia, formaba ya una monarquía unificada en la cual toda division era imposible, se estrelló contra la oposicion de Inglaterra y Francia, que no quisieron consentir que bajo el nombre de Confederacion germánica se formase una colectividad política de setenta millones de habitantes que renovase los grandes inconvenientes del imperio de Carlos quinto. Pero de parte del gobierno de Prusia no hubo oposicion ninguna, y solo cuando fué rechazada bruscamente su proposicion de alternar en la presidencia, empezóse á comprender en Berlin que tales como estaban y amenazaban estar las cosas era preferible la confederacion de 1815 con su dieta petrificada, y hasta era el único camino de salvacion que quedaba. En su consecuencia el gobierno prusiano invitó en 23 de marzo á los socios de la union disuelta á restablecer la confederacion.

Las conferencias de Dresde se disolvieron sin haber llegado á tomar acuerdo, lo cual disimuló Schwarzenberg en su discurso de clausura en 15 de mayo, diciendo que habian sacado á luz «materiales valiosos.» El libre veto de cada Estado, que siempre habia hecho imposible toda inteligencia y toda accion de la famosa confederacion germánica, continuó como antes, por efecto de los esfuerzos del gobierno

ruso, que para conservar su influencia sobre los soberanos alemanes hizo que se opusiera á su supresion el gobierno de Dinamarca, su protegido, que formaba parte de la confederacion germánica por el ducado de Holstein. El gobierno dinamarqués motivó su oposicion diciendo que «la supresion del veto de cada Estado confederado era contraria al articulo segundo del pacto federal, que garantizaba la independencia perfecta de cada Estado, y que por lo mismo seria el principio de una centralizacion del poder, y por tanto, de la desorganizacion de la confederacion alemana.»

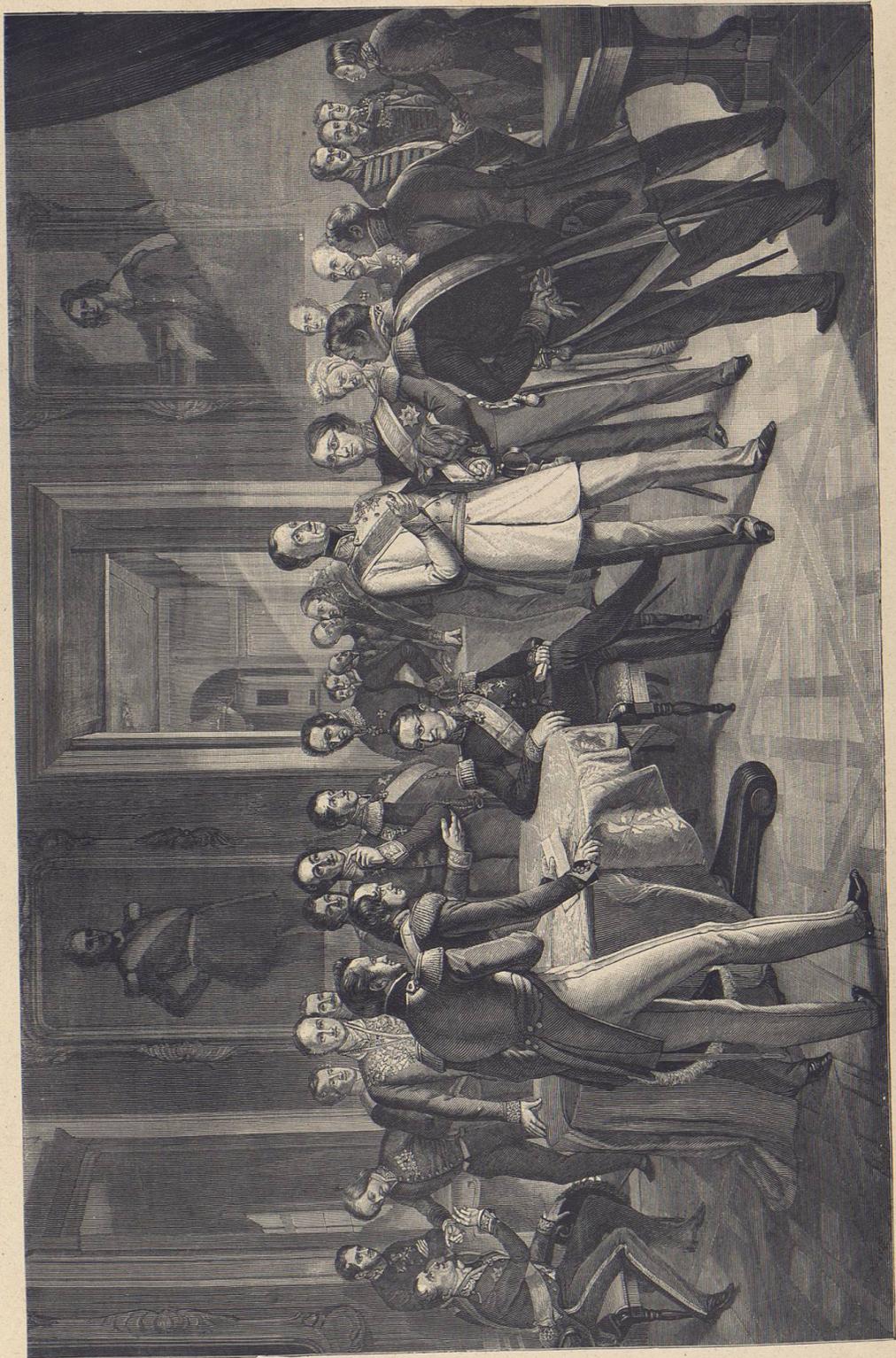
CAPITULO II

EL GOLPE DE ESTADO DE LUIS NAPOLEON

El resultado de la eleccion del presidente de la república francesa, verificada el dia 10 de diciembre de 1848, habia sido ya un indicio clarísimo de lo que irremisiblemente habia de venir en pos; pero lo confirmaron todavia mas las palabras y los actos del elegido, el cual si llegó á realizar su ambicioso proyecto de restablecer el poder imperial, no lo debió tanto á su fe en sí mismo, ni al inícuo descaro de sus partidarios, como á las pasiones y pecados políticos de sus adversarios. Los republicanos, desde su derrota en la eleccion de presidente, volvieron á ser lo que siempre fueron, una minoría conspiradora, un partido revolucionario y declamador, movido como instrumento ciego por los socialistas y anarquistas que con sus exageraciones, amenazas y conspiraciones no cesó de aumentar el descrédito en que habia caido la república, legitimando así toda medida encaminada á asegurar el órden y á poner coto á los excesos de la libertad. «Tengo la esperanza,—dijo un dia Cavaignac en la asamblea nacional á estos republicanos exaltados,—de que la república no está destinada á perecer; pero si no obstante sucediere, acordaos de que nosotros entonces culparemos de este resultado á vuestro furor y á vuestras exageraciones.» El dia del segundo aniversario de la revolucion de febrero, Thiers llamó ya aquellos dias «funestos,» y dijo á los hombres de la izquierda: «Si la república existe hace dos años, es porque nada de lo que vosotros pretendisteis ha hecho, pues de esta manera ya no existiria. Si existe es porqué todos los amigos del órden han prescindido de sus antecedentes á fin de unirse y apoyar á un gobierno que ellos no habian hecho, y para arrancarlo de las manos que lo empujaban á su perdicion; si la república dura, no la dirigireis vosotros, pues que durará solo con esta condicion.»

El gran partido conservador no contribuyó menos que el republicano exaltado á facilitar sin quererlo al presidente la realizacion de sus planes. Como formaba la mayoría en la asamblea, vivia con la ilusion de ser dueño de la situacion y de que sin él, el presidente no era nada. No comprendia que aprobando con la facilidad con que aprobaba todo lo que iba dirigido contra la abominada revolucion, daba al propio tiempo al naciente poder del presidente las armas que habian de volverse contra la misma mayoría.

Colocado así Napoleon entre ambos partidos, sirvióse tan pronto del uno como del otro, explotando con igual maestría y constancia los errores y preocupaciones de ambos. Contra los republicanos explotaba la aversion y el cansancio del país y el descrédito creciente de la república en la opinion de la inmensa mayoría; y contra los monárquicos se valia de los recuerdos, todavia vivos, de la inestabilidad de los tronos levantados en el país, así como de la division entre legitimistas y orleanistas, y sobre todos tenia la ventaja de hallarse dueño del poder, de representar la autoridad legal, de poseer



Los individuos de la conferencia de Dresde en su primera reunion celebrada en 23 de diciembre de 1850